

Domingo 20º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 15,21-28

Durante el tiempo de su ministerio público Jesús rara vez se aventuró fuera de los confines de Israel. El evangelio nos recuerda una de sus escasas salidas y da la razón: buscando el anonimato y la soledad, pasó un tiempo entre paganos. Quería Jesús reponerse de la fatiga de la predicación y librarse del acoso de la muchedumbre. Nos puede parecer lógica, y hasta caer simpática, esta reacción inusitada de Jesús: verlo necesitado de reposo nos lo hace más próximo, tan humano. Precisamente por ello maravilla aún más su rotunda negativa a la petición de una madre desesperada. ¿Cómo no sorprenderse ante un Jesús que se niega a ayudar a una mujer necesitada? Era verdad: no era judío quien le urgía a intervenir en su favor. ¿Hay que dar por buena la razón aducida decir que? Ampararse en la excusa de que sólo vino para atender a los hijos de Israel, ¿legítima permanecer insensible ante el dolor de una madre? La razón no era una excusa, sino un camino para lograr fe. Para sanar Jesús necesita ser creído. Y para ser creído, impone duras exigencias. La mujer cananea ‘consiguió’ la curación, porque se sometió a la férrea pedagogía de Jesús.

En aquel tiempo, ²¹Jesús se marchó y se retiró al país de Tiro y Sidón. ²²Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

«Ten compasión de mi, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.»

²³Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle

«Atiéndela, que viene detrás gritando.»

²⁴Él les contestó:

«Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.»

²⁵Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió:

«Señor, socórreme.»

²⁶Él le contestó:

«No está bien echar a los perros el pan de los hijos.»

Pero ella repuso:

²⁷«Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.»

²⁸Jesús le respondió:

«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.»

En aquel momento quedó curada su hija.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Raramente Jesús se alejó de los confines de Israel, pues no se sentía llamados más que “a las ovejas perdidas de Israel” (Mt 10,6). El recuerdo de este milagro ayudaría después a la comunidad de Mateo a fundamentar su apertura a los gentiles en el comportamiento de su Señor. Alcanzada la universalidad tras el éxito de la misión entre los gentiles, la comunidad cristiana se apoyará en unos pocos episodios, uno de ellos este, en los que Jesús trató y curó a paganos (cf. Mt 8,5-13). Si la salvación depende de la fe, no es óbice estar gravemente enfermo o no pertenecer al pueblo de Dios.

El episodio relata el poder de la fe. ¡La fe de un pagano!. No es indiferente que se presente como la crónica de un diálogo, que abre la necesidad de una madre desesperada y se cierra afirmando la deseada curación. A través de la conversación la mujer ‘camina’ desde la impotencia inicial hasta la confianza total, después de haber aguantado un humillante rechazo. Su fe no nacerá sólo de su incapacidad para asegurar la vida a su hija, tendrá que aceptar no ser digna del don que pide. La pagana se hace creyente porque siempre responde, dándole la razón, a la negativa de Jesús.

La confianza puesta por la madre en Jesús surge de su necesidad y de su sufrimiento. Los discípulos – siempre más ‘listos’ – quieren desembarazarse de una mujer gritona y seguir tranquilos por el camino. Jesús no piensa atenderla, pues sabe que no le pertenece. Su petición parecería inútil, si no continuara creyendo en Jesús. Acepta no merecer el puesto del hijo, pero se niega a pensar que no merezca ningún beneficio. La resistencia de Jesús, que la mujer comprende, no ahoga su confianza, más bien, la renueva y refuerza. Por ello, recibirá el pan de los hijos, y su hija la curación.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Apartándose de lo que era su misión, al conceder al extraño lo que era don para los hijos, Jesús se aleja de sus destinatarios: la fe de una extranjera lo ha logrado. Como Jesús, Dios sigue sintiéndose retado como Dios, por quien, acuciado por su necesidad, se atreve a pedirle lo que bien sabe que no debería, porque no lo merece. ¿Nos creemos

merecer lo que pedimos a Dios con tanta urgencia? ¿Encontrará Dios tanta fe entre los suyos como tienen, a veces, los extraños?

Sólo si caemos en la cuenta del extraño comportamiento de Jesús, podemos valorar la actuación de la mujer pagana, la cual, gracias a su insistencia, venció la resistencia de Jesús. La fuerza de su obstinada confianza pudo más que la fuerte negativa de Jesús a atenderla. La repetición de su necesidad quebró la repetida oposición de Jesús. El caso es que, como en los días de Jesús, por desgracia, no se ve entre los 'viejos' creyentes fe semejante, tanta al menos cuanta se descubre entre los paganos. Los alejados se siguen acercando a Jesús con más necesidad y mejor confianza que los allegados; los que nunca lo tuvieron, con más fe que cuantos no lo perdieron jamás.

En el fondo, es hasta lógico que Jesús no pensara en hacer milagros en tierra de no creyentes. Había acudido allí precisamente para que nadie le siguiera importunando; deseando descanso y anonimato, no le convenía hacer milagros; más aún, lo que menos se esperaba Jesús era ser reconocido en tierra de paganos y que un gentil le pidiera su intervención. Pero la enfermedad de la hija, tremenda y de curación imposible, llenó de coraje a la madre. De no haber sido por la urgencia de un milagro, la mujer no hubiera acudido a Jesús, ni habría importunado a sus discípulos con sus gritos. Pero, ¿quién se atreverá a criticar a una madre que perdió los modales, porque no estaba dispuesta a perder tan fácilmente a su hija?

Y ésta es, quizá, la primera lección que deberíamos aprender de la fe de la madre pagana. La mujer acudió a Jesús porque no aguantaba el sufrimiento de tener a su hija en semejante estado. No se dejó amilanar ante la primera negativa de Jesús, porque lo necesitaba: no la humillaron sus palabras despectivas, porque confiaba todavía en él; y porfió, porque no tenía otro a quien recurrir. Y no le importó que Jesús respondiera a su petición con el silencio; fue gritándole más alto, más veces, su petición, hasta molestar a quienes lo acompañaban. Los discípulos, ajenos siempre al drama de quien sufre a su lado y seguros de sí porque siguen a Jesús, le instaban a que la atendiera, no por compasión sino para librarse de la molestia. La nueva respuesta de Jesús es aún más dura que su silencio anterior: a pesar de sus gritos, no piensa atenderla, porque no es hija de Israel, el pueblo al que ha sido enviado.

La madre no da por buena semejante razón y sigue apostando por los sentimientos de misericordia de Jesús. Reconoce, es verdad, que en ningún hogar es comida de cachorros el pan de los hijos, pero se atreve a señalar a Jesús que los perros de casa suelen alimentarse también de cuanto los dueños desperdician. Con ello acepta el puesto, no muy honroso, que Jesús le ha dado. Pero se niega a aceptar que no merezca nada en la casa de Dios: no merece las atenciones que Jesús concede a los que son suyos, pero su sufrimiento le da derecho a su compasión; no se da por vencida ante la negación de ayuda. Las reticencias de Jesús aumentan, más bien, su atrevimiento; y, en vez de perder la paciencia, ganó suficiente confianza como para volver a pedir.

Ante semejante fe, y tamaña insistencia, Jesús no puede por menos que claudicar, aunque esta fe la descubra en una mujer pagana. Y es que Dios claudica siempre, como Jesús aquel día, cuando advierte tan grande fe y tan grande confianza. Quien, acuciado por su necesidad, se atreve a rogarle de nuevo a Dios incluso lo que ya le ha sido negado, lo que sabe no debe pedirle. Quien se resiste a que Dios le diga que no una y otra vez; quien se niega a que Dios le niegue sus favores; quien no se contenta con los silencios de Dios, ni con su demora en intervenir a su favor, obtendrá de Él un día, como la mujer pagana, cuanto desee..., siempre que no deje de insistir ni pierda la confianza. Dios no se resiste tanto como para negarse a quien ha puesto en Él toda su confianza. Dios termina por escuchar a quien responde a su 'indiferencia' con una petición renovada. Dios no permanece sordo a la súplica de quien no se desanima por su silencio.

Deberíamos preguntarnos hoy, quienes creemos en Jesús, por qué conseguimos tan poco de nuestra vida de fe. Nos puede estar sucediendo lo mismo que a los judíos en tiempos de Jesús: para ellos había venido, pero, cuando se les ocultó momentáneamente, sólo una pagana fue en su búsqueda; sólo se interesó por él quien no podía contar con el interés de Jesús. Quizá porque sabemos que vino al mundo por nosotros, no nos sentimos muy obligados en buscarle y rogarle: sólo porque nos quiere salvar, nos creemos libres de tener que pedirselo. Creyéndonos que tenemos derecho a él, nos ahorramos el esfuerzo de tener que rogarle sus favores. Y siguen siendo los que creen menos que nosotros los que más reciben de Dios; sigue habiendo más fe entre quienes vienen a ella por vez primera que entre nosotros, los creyentes de siempre. No es sólo una pena, es - ¡debería ser! - nuestra vergüenza.

Para ser creyentes como la mujer pagana, tenemos que aprender a resistir el aparente silencio con que Dios responde a nuestros deseos e insistir en nuestras peticiones por más negativas que de El hayamos ya recibido. Sólo si nuestra necesidad de Dios es mayor que su frialdad aparente, lograremos tener la fe que mereció la alabanza de Jesús. Probablemente Dios, porque nos quiere mejores creyentes, está usando la misma pedagogía con nosotros que utilizó Jesús con la mujer pagana: rehúsa actuar inmediatamente, para que perseveremos en nuestra oración; aparenta desinterés para que no dejemos de interesarnos por Él; responde a nuestra súplica con silencio, para que no abandonemos tan rápidamente la oración. Con su silencio quiere despertar en nosotros la conciencia de nuestro mal y la necesidad de Él; está empeñado en convertirnos en buenos creyentes y orantes mejores que no tengamos miedo al ridículo de ir proclamando, a gritos si es preciso, los males que nos aquejan y la confianza que Dios nos merece.

¿Por qué, si no, no logramos ser mejores orantes quienes ya nos creemos buenos creyentes? Si Dios no atiende nuestra oración, ¿no será que no perseveramos demasiado en ella? Si, al parecer, se nos esconde o nos rehúye, si ya

no se interesa por nosotros como antes, ¿no es una buena ocasión para buscarlo y gritarle nuestra necesidad hasta que nos libre de ella? Lo logró una pagana: ¿por qué vamos a ser menos nosotros, creyentes?